



Seix Barral

# Sorj Chalandon

## Hijo de un bastardo





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Sorj Chalandon

## Hijo de un bastardo

Traducción del francés por  
Adolfo García Ortega

---

1

*Domingo, 5 de abril de 1987*

—Es ahí.

Me sorprendí a mí mismo murmurándolo.

Ahí, al final de esta carretera.

Una comarcal zigzagueante que cruza las viñas y los campos apacibles de l'Ain y luego acomete la subida de una colina entre muretes de piedra y los primeros árboles del bosque. Lyon queda lejos, al oeste, detrás de las montañas. Y Chambéry, del otro lado. Pero ahí no hay nada. Apenas algunas granjas de enormes piedras irregulares al pie de las estribaciones rocosas del Jura.

Sentado en un talud, saqué de mala gana mi pluma. No tenía nada que hacer aquí. Abrí mi cuaderno sin apartar los ojos de la carretera.

---

«Fue ahí», hace cuarenta y tres años menos un día.

La misma carretera en el horizonte, bajo la luz fría de una primavera idéntica a esta.

El jueves 6 de abril de 1944, al amanecer, aparecieron por esa curva. Un Citroën de la Gestapo, seguido de dos camiones civiles conducidos por unos individuos de la zona. Uno de ellos se llamaba Godani, quien luego, de regreso en Brens, en casa de su patrón, dirá:

—He hecho un trabajo sucio.

Pero esa mañana solo había el ruido del viento y el de un tractor que avanzaba renqueante por el campo.

Me puse en marcha lentamente, para retrasar el instante en que aparecería la Casa.

Un camino a la izquierda, una larga verja negra de hierro forjado, el zumbido de un abejorro, el enojo de un perro detrás de un granero. Y enseguida el edificio. Macizo, achatado, coronado por una techumbre de tejas onduladas y un tragaluz. Dos pisos con postigos verdes que dominan el valle, racimos de lilas blancas por encima de los setos, diente de león en la hondonada y la gran fuente seca, con sus caños dormidos en medio de un patio con escaso césped.

Es ahí.

---

La señora Thibaudet me esperaba al pie de los tres peldaños de la escalinata.

—¿Es usted el periodista?

Sí, en efecto. El periodista. Le respondí con una sonrisa mientras le tendía la mano.

La mujer entró delante. Abrió la puerta del comedor y se quedó inmóvil en un rincón de la habitación, con los brazos caídos. Luego bajó los ojos. Parecía incómoda. Miraba las paredes para evitar mirarme a mí.

Yo había alterado su tranquila jornada.

Todo el pueblo tuvo conmigo ese mismo azoramiento educado, esos mismos silencios al final de las frases. Tanto los jóvenes como los ancianos. ¿Un forastero que va a pie por la carretera que lleva a la Casa? Pero ¿a quién busca? ¿Qué quiere descubrir, tantos años después?

Izieu estaba harto de oírse decir que todo el pueblo estaba tendido en el suelo delante de los alemanes. Que probablemente un cabrón había denunciado la colonia de niños judíos.

¿Quién había sido? Pues mire, podía ser Lucien Bourdon, el labrador lorenés que acompañaba a la Gestapo durante la redada y que se volvió a Metz dos días después. Sí, el crimen podía ser obra de ese traidor, incorporado más tarde a la Wehrmacht y arrestado en Sarrebruck por el ejército americano con el uniforme de un guardia del campo de prisioneros. Pese a todo, por falta de prue-

---

bas, no se le había podido achacar el martirio de los niños de Izieu.

¿Y quién más? ¿Wucher, el confitero de La Bruyère que había metido a su hijo de ocho años, René-Michel, en la colonia de Izieu con el pretexto de que era revoltoso? Su chico había sido incluido en la redada del 6 de abril con todos los demás, pero lo bajaron del camión durante su traslado a Lyon. Fue liberado por los alemanes delante de la tienda de su padre, ya que no era judío. Wucher enseguida fue considerado como sospechoso por la Resistencia. Habría puesto a su hijo allí para espiar a los otros. Unos días más tarde, aquel hombre fue llevado por los partisanos a los bosques de Murs y fusilado. Sin haber llegado a confesar nada.

¿Quién había vendido a la colonia? ¿Había sido denunciada anónimamente? El pueblo estaba cansado de esa pregunta. En 1944, si hubiera habido un delator, podría haber sido cualquiera de sus habitantes. Un pueblo de 146 sospechosos. Y ese gusano quizá viviera todavía allí, recluido en su casa.

Venían de todas partes, aquellos niños. Judíos polacos que se habían convertido en jóvenes de París antes de la guerra. Muchachos alemanes expulsados de la región de Baden y del Palatinado. Chicas de Austria que habían huido del Anschluss. Chiquillos de Bruselas y *kinderen* de Amberes. Fran-

---

cesitos de Argelia, refugiados en la metrópoli en 1939. Algunos incluso habían sido internados en los campos de Agde, Gurs y Rivesaltes y luego liberados clandestinamente por Sabine Zlatin, una enfermera despedida de un hospital lionés por ser judía. Sus padres habían aceptado la separación, pensando que al acabar la guerra se reunirían todos de nuevo. Era su última esperanza. Nadie podría hacer daño a sus hijos. La enfermera Zlatin había encontrado para ellos una casa en el campo, con vistas a la Cartuja y a la cara norte del Vercors. Una colonia de vacaciones. Un remanso de paz.

En mayo de 1943, camuflado en un caserío a la entrada de Izieu, ese refugio se convirtió en la Casa de los niños. Un lugar de paso, el eslabón sólido de una cadena de salvamento orientada a otras familias de acogida y a la frontera suiza. Pierre-Marcel Wiltzer, subprefecto patriota de Belley, era quien había sugerido ese refugio a la enfermera polaca y a Miron, su marido.

—Aquí estarán tranquilos —les había prometido el funcionario superior.

Y lo estuvieron durante casi un año.

No había calefacción, sino estufas de leña, tampoco agua corriente. En invierno, para asearse, los educadores calentaban el agua en un caldero. En verano, los niños se lavaban en la gran fuente. Se bañaban en el Ródano. Jugaban en la azotea, desde donde cantaban por las noches. Saciaban su ham-

---

bre. La subprefectura les había proporcionado cartillas de racionamiento y los adolescentes cuidaban del huerto.

En la «Colonia de niños refugiados del Hérault», su nombre oficial, como indicaba el papel timbrado, no había alemanes ni estrellas amarillas. Tan solo el miedo nocturno de los pequeños separados de sus padres. Desde las colinas se dominaban el Bugey y el Delfinado, nada podía ocurrirles. Ni siquiera se ocultaban. La hierba era alta, los árboles, frondosos, sus voces, cristalinas. La guerra estaba lejos.

Unos cuantos adultos fueron a ayudar a Sabine y Miron Zlatin.

Cuando Léon Reifman llegó delante de la Casa, sonrió:

—¡Qué paraíso!

Estudiante de Medicina, participó en la creación de la Casa para ocuparse de los niños enfermos. En septiembre de 1943, Sarah, su hermana médica, lo reemplazó. Al joven lo estaba investigando el STO.<sup>1</sup> No quiso poner en peligro la colonia.

Los Zlatin también contrataron a Gabrielle Perrier, de veintiún años, nombrada profesora en prácticas en la Casa de Izieu por la inspección académica. Otro regalo del subprefecto Wiltzer. Se le dijo que esos escolares eran «refugiados». Oficialmente, no había ni un solo judío en la colonia. Esta

1. Servicio de Trabajo Obligatorio. (*N. del t.*)



---

palabra jamás se pronunció. Antes de separarse de sus hijos, los padres les advirtieron del peligro que corrían si llegaban a confesar su origen. Algunos de los que sobrevivieron, ausentes aquel 6 de abril, contaron más tarde que cada uno de ellos se creía el único judío de la Casa. Pero todo el mundo sabía que a la maestra no la engañaban.

Durante el año escolar, cuatro adolescentes estuvieron internos en el colegio de Belley. Tan solo volvían a la colonia por vacaciones. Para los más jóvenes se había habilitado un aula en el primer piso. Había allí pupitres, libros, pizarras, todo prestado por los municipios vecinos, y un mapa-mundi colgado de la pared. La profesora, que nunca se separaba de su silbato, los cuidaba a todos. Tranquilizaba tanto a Albert Bulka, a quien en la colonia llamaban Coco, de cuatro años, como instruía a Max Tetelbaum, de doce.

—Aquí era donde daban la clase —soltó la señora Thibaudet.

Arriba de la escalera de madera y baldosas hexagonales rojas había un cuarto que parecía un desván. En las paredes blancas, viejas fotos desvaídas con rasgaduras. Imágenes de una plácida vaca, de unos caballos, de una montaña. Un dibujo chovinista mostrando a un gallo y a un niño.

Hacía frío.

---

La propietaria dejó vagar la mirada por la pared, una vez más. Con un gesto de la barbilla señaló tres pupitres, medio escondidos en un rincón sombrío.

Silencio.

—¿Solo quedan esos?

—Solo, sí. No se han conservado más que esas mesas.

Yo la miré y ella bajó los ojos. Como pillada en falta.

—Cuando llegamos, todo estaba húmedo debido a las goteras del tejado. Amontonamos en el patio la ropa, los colchones, y los prendimos fuego.

No lograba captar su mirada.

—¿Lo quemaron todo?

Ella se encogió de hombros. Voz quejosa.

—¿Qué quería que hiciéramos con todo eso?

Entonces me acerqué al primer pupitre, con su asiento cerrado. En la madera había trazos antiguos de tinta negra.

—¿Puedo?

La mujer del pueblo no contestó. Se limitó a encogerse de hombros otra vez.

Podía.

Contuve el aliento y abrí el pupitre. Mi mano temblaba. Dentro, en el batiente, había un papel pegado, el principio de un calendario amarillento, caligrafiado con tinta violeta. «Domingo 5 de mar-

---

zo de 1944, lunes 6 de marzo, martes 7 de marzo.»  
El alineamiento de todo un mes.

—¿Y esto?

La propietaria se inclinó sobre el rectángulo negro cernido de madera.

—¿Una pizarra?

Sí. La pizarra de uno de los niños, olvidada al fondo del pupitre. Jamás hallada, jamás vista. Jamás del interés de nadie. Una mano torpe había trazado en ella la palabra *manzana*.

Alcé la mirada hacia la mujer. Ella permanecía indiferente. Como si estuviera en otra parte. Se alisaba el delantal con las dos manos.

Me volví hacia la pared.

Un instante apenas. Nada. Un llanto sin lágrimas. El tiempo de grabar para siempre en mí esas siete letras. Oí incluso el rechinar de la tiza en la pizarra. ¿Quién había escrito esa fruta?

Cuando me volví de nuevo hacia la mujer, esta me observaba, molesta.

Mi emoción la incomodaba.

El 6 de abril, cuando el convoy alemán llega ante la Casa, acaba de sonar la campana para el desayuno. Es el primer día de las vacaciones de Semana Santa. Todos los niños están allí. Incluso los internos. Cacao humeante en los tazones, un bien escaso, ofrecido por el señor Wucher, el dueño de la confitería Bilbor.

---

Durante los años posteriores, la gran sala del comedor había estado a oscuras. En el umbral, la señora Thibaudet permanece inmóvil. Postigos cerrados, rayos de luz, polvo en suspensión. El parque había sido reparado y se había bajado el techo. Olor rancio a humedad. En un ángulo de la pared, un jirón de yeso arrancado. El día de la redada, ella trabajaba en la fábrica de ensamblajes de Belley, a veinticinco kilómetros de allí. En 1950 se convirtió en propietaria del edificio.

Con el gesto cansado habitual, señala el centro de la gran habitación.

—La mesa estaba en el medio y ellos alrededor.

Los militares saltan bruscamente de los camiones. Diez, quince, la memoria de los testigos es confusa. Pertenecen al 958 Batallón de defensa antiaérea y a la 272 División de la Wehrmacht. No son SS, sino simples soldados. Algunos testigos se acuerdan de los tres hombres de la Gestapo, vestidos de civil, que comandaban el grupo. Uno de ellos parecía ser el jefe. Con sombrero y gabardina, permaneció junto al brocal de la fuente mientras sus hombres entraban en la Casa voceando.

—¡Son los alemanes, sálvate!

Última frase de Sarah, la doctora, a su hermano Léon.

El joven bajaba en ese momento la escalera y vuelve a subir por ella a la carrera. Salta desde una

---

ventana del primer piso, en la parte trasera del edificio. Corre hacia campo abierto. Se echa sobre un matorral de espinos. Un soldado sale en busca del fugado. Hurga por todas partes, golpea la maleza con la culata de su fusil. «Estaba tan cerca de mí... Me parece imposible que no me viera», dirá el doctor León Reifman muchos años después.

Más tarde, tomando posesión de la Casa de Izieu, unos oficiales de la Wehrmacht tratarán a los gestapistas de «puercos». Otros «lamentarán» abiertamente que se haya utilizado a soldados en esa operación.

Todo va muy rápido. Es el terror. Los militares echan abajo las puertas, arrancan a los niños de la mesa donde están desayunando, registran el aula, el desván, debajo de las camas, de las mesas, cada rincón, hacen bajar la escalera a toda prisa a los que se han retrasado y reúnen al tembloroso grupo en la escalinata. Sin ropa de repuesto, ni maletas, ni bolsas, nada. Sacados de la Casa en pijamas y batines y rodeados en la inmensa terraza. Todos están aterrorizados. Los mayores levantan a los pequeños en brazos para que dejen de gritar.

Julien Favet ve a los niños llorar.

El muchacho, un granjero, estaba trabajando en el campo. Ningún chico de la colonia había ido aún a llevarle su tentempié, como cada mañana. Eso le

---

había preocupado. Entonces, de camino de vuelta a la granja de sus «amos», como él dice, decide pasarse por la Casa. Está cubierto de tierra, en pantalón corto y con el torso desnudo. Ve a Lucien Bourdon, quien decía haber sido apartado «por lorenés», andando libremente en torno al coche alemán.

Un soldado detiene a Favet.

—¿Es usted el que ha saltado por la ventana?  
—le pregunta en un mal francés.

Los alemanes siguen buscando al evadido Léon.

Julien Favet no comprende de qué le habla. Favet es un hombre sencillo. Un peón agrícola, como se define a sí mismo. El hombre con gabardina apoyado en la fuente da un paso adelante, con el sombrero calado hasta los ojos. Se para frente a él. Lo escruta un buen rato y en silencio.

Años más tarde, Favet reconocerá ese rostro y esa mirada en las fotos de la prensa. Jurará que sí, que es el mismo hombre que le había ordenado que se volviera a su casa, el 6 de abril de 1944, en Izieu. No tiene la menor duda. Cuando lo cuenta, llega a pronunciar su nombre.

—Y entonces Klaus Barbie me dijo algo así como: «¡Váyase!».

Al irse, Favet ve a los espantados niños subir a los camiones a puntapiés. Dos adolescentes tratan

---

de escapar. Saltan de la plataforma. Théo Reis es atrapado de nuevo. Su camarada también. Golpeados, arrastrados por el suelo, son arrojados al camión por encima de sus compañeros, que gritan.

—Como bolsas de papas —testimonió más tarde Julien Favet.

El granjero Eusèbe Perticoz quiere reunirse con su peón. Los soldados se lo impiden.

—¡Señor Perticoz, no salga, quédese en su casa! —le grita Miron Zlatin desde el interior del camión.

Un alemán golpea al marido de la directora para que se calle. Culatazo en el vientre, patada en la tibia. De nuevo, es Julien Favet quien lo cuenta.

—El golpe de la metralleta lo dobló en dos. Fue obligado a echarse en el suelo del camión y ya no lo vi más.

Con los cuarenta y cuatro niños también son arrestados siete adultos. En los camiones, junto a Miron Zlatin, están Lucie Feiger y Mina Friedler. También los supervivientes de la familia Reifman. Sarah, la doctora, que ha logrado que su hermano se salve; Eva, su madre, y Moshé, su padre. Una séptima adulta trabaja en la colonia como mujer de la limpieza, Marie-Louise Decoste. También ella es llevada con los demás.

La víspera, después de haber puesto a los niños unos deberes para la vuelta, la profesora

---

había regresado con su familia, a pocos kilómetros de allí. Antes de irse, se había cruzado con los adolescentes internos, que volvían a la colonia para las vacaciones. Y también con Léon Reifman, que retornaba a ese «paraíso» para ver a su hermana médica, a sus padres y a Claude, de diez años, su sobrino nieto. Todos ocultos aquí.

Sabine Zlatin también estaba ausente. La directora había ido a Montpellier. La Gestapo escudriñaba la Saboya, el Isère, toda la región. Los alemanes y la milicia habían detenido a unos «refugiados» en Chambéry. Hacía poco que unos niños judíos de Voiron habían sido sacados de su escondite. El subprefecto Wiltzer fue trasladado a Châtelleraut. La Casa de Izieu ya no era segura. Entonces Sabine Zlatin se puso a buscar otro refugio para sus chicos. Se enteró de la desgracia por un telegrama que le envió una secretaria de la subprefectura de Belley: «Familia enferma - enfermedad contagiosa».

El 6 de abril, los infortunados son conducidos a la prisión de Montluc, en Lyon. Los pequeños son metidos en celdas, sentados por el suelo. Los adultos, interrogados y luego encadenados a las paredes en el piso superior.

Al día siguiente, un tranvía del transporte público lionés los lleva a todos a la estación de Perrache. Poco después, un tren de la SNCF los traslada a París. Inmediatamente son introducidos en



---

unos autobuses de la RATP y cruzan la ciudad hasta el campo de internamiento de Drancy, donde llegan el 8 de abril de 1944.

Son registrados por la policía francesa con la numeración del 19185 al 19235.

El 13 de abril, mientras el tren n.º 71 en dirección a Auschwitz-Birkenau se pone en marcha en la estación de Bobigny, Marie-Louise Decoste es autorizada a dejar el campo. En ese momento se viene abajo. Su documento de identidad francés es falso. Confiesa ser judía polaca. Dice su verdadero nombres: Léa Feldblum. No quiere abandonar a los niños.

Treinta y cuatro niños son deportados en ese primer tren. Coco, de cuatro años, está entre ellos. Los demás son enviados a Polonia en grupos de dos o tres hasta el 30 de junio de 1944. Al llegar al campo, hacinados al cabo de dos noches espantosas, los niños, los enfermos, los viejos y los débiles son separados de los adultos útiles.

Léa Feldblum, la francesa con documentación falsa, lo contará más tarde: ella y Sarah, la doctora, son designadas para ir a los comandos de trabajo. Están en el cortejo de deportados destinados a las obras de construcción. Pero cuando Sarah ve que un soldado empuja a Claude, de diez años, a la fila de los más débiles, cuando oye su nombre entre llantos, la madre cambia bruscamente de fila y corre a tomar a su hijo en brazos.

---

A las monitoras de Izieu que cuidan de los pequeños, un SS les pregunta en alemán: «¿Son sus madres?». Edith Klebinder, una deportada judía austriaca, ha sido nombrada traductora. Sobrevivió. Lo cuenta así.

—Volví a hacer la pregunta en francés y las adultas respondieron: «No, pero somos como sus madres adoptivas».

El mismo soldado pregunta entonces a las mujeres si quieren acompañarlos.

—Ellas dijeron que sí, evidentemente.

Entonces, las monitoras y los niños se juntaron con Sarah y Claude en el camión.

Un mes más tarde, Miron Zlatin, el director de la Casa de Izieu, Théo Reis y Arnold Hirsch, dos de los adolescentes que estaban internos en el colegio de Belley, son deportados de Drancy hacia Estonia en un tren integrado por hombres en edad de trabajar.

Los tres serán empleados en una cantera de piedras y luego fusilados por las SS en la fortaleza de Tallin, en julio de 1944.

De todos los deportados de Izieu, solo Léa Feldblum regresó, liberada por el Ejército Rojo en enero de 1945. Durante su detención, sirvió de cobaya a unos médicos nazis. Su antebrazo lleva la matrícula 78620. Su cuerpo es un despojo. Pesa treinta kilos.

---

Léon Reifman, que se había salvado por la ventana abierta, encontró ayuda no muy lejos de allí. Fue escondido por el campesino Perticoz y por Favet, su peón. Será acogido más tarde por una familia francesa de Belley. Y vivirá.

Como Yvette Benguigui, una niña de dos años recogida antes de la redada y oculta en el centro de Izieu por la familia Hérítier.

La señora Thibaudet se impacientaba un poco. No lo decía, pero yo notaba por sus gestos que la visita había terminado. Me veía escribir frases que ella no sospechaba. En las páginas de la derecha, lo que sería útil para mi reportaje. En las de la izquierda, lo que yo sentía. La pizarra y la palabra *manzana* a la derecha, mi nudo en el estómago a la izquierda.

«Convierte tus lágrimas en tinta», me había aconsejado mi amigo François Luizet, reportero de *Le Figaro*, cuando, unos años atrás, en el sur de Beirut, me había sorprendido sentado en una vereda, desorientado, sin lápiz ni papel, llorando por las masacres que acabábamos de descubrir en Sabra y Chatila.

Así que me puse a escribir. Hurtaba cada fragmento de luz, cada sonido del silencio, cada huella dejada por los niños. En una viga del desván, estaba escrito «Paulette ama a Théo, 27 agosto 1943». Paulette Pallarès era una chica del lugar que venía

---

algunas veces a echar una mano. Y Théo Reis, el adolescente de dieciséis años que será fusilado en Tallin. Esta declaración de amor ha pasado a una página de la derecha. Mi pena, confiada a una página de la izquierda. Lo escribía todo. Escribía el aula, el comedor, las escaleras que llevaban afuera. Me apoyé en el brocal de la fuente y escribí el canto de una alondra, la belleza del campo, el silencio de la montaña, toda esa calma que protegía a la Casa. Me senté en la terraza. Pasé mis manos por todas las partes por las que ellos pasaron las suyas. Por la barandilla de la escalera, por la madera áspera del escritorio, por la pared fría con olor a salitre, por el alféizar de una ventana, por la cabeza de una gárgola, por la corteza de un árbol que había ocultado sus ojos. Arranqué unos pocos hierbajos que crecían en el patio.

Esperaba que algún día ese lugar fuera santificado. El proceso de Klaus Barbie ayudaría a poner de nuevo el foco sobre la Casa. Pero tenía miedo de que ya no quedara nada de ese frío, de ese silencio, de ese olor antiguo. Nada de los pupitres, nada de la manzana escrita sobre una pizarra, nada del amor de Paulette y Théo, nada de unos niños vivos, aparte de un memorial recordando su martirio. Una necrópolis erigida a sus risas ausentes.

Ví a la señora Thibaudet mirando su reloj. El gesto furtivo de una funcionaria a la hora de descolgar su abrigo de la percha y volver a su casa.

---

Cuando llegué, sentí que estaba de más. Ahora, era ella la que me sobraba. Habría deseado que me dejara a solas con Max, con Renate, con el pequeño Albert. Que se fuera a dar una vuelta por la zona del granero. Sus reservas, sus miradas huidizas, su tos embarazosa. Irritada.

Era injusto por mi parte. Lo sabía. La señora Thibaudet me había abierto la puerta de los niños y acompañado por todas partes con amabilidad. Ahora, tan solo deseaba que yo terminase mi visita. Que guardara el cuaderno, la pluma. Que me volviera por donde había venido.

Así que cerré mi cuaderno y deslicé mi pluma dentro de la espiral.

Ella no pudo evitar un suspiro. Había acabado. Éramos libres.

Cuando le tendí la mano, en la escalinata, me preguntó:

—¿Cuándo lo pasan en la tele?

Sonreí. Ni equipo, ni cámara, ni micro. ¿Qué tele?

Se quedó paralizada.

—Pero yo creía que usted era un periodista.

—Y lo soy, pero para un periódico.

Mirada vagamente decepcionada.

—Ah, ya. Un periódico...

Y a continuación me dio la espalda. Subió los tres peldaños. Volvía a la casa de los niños como si entrara en la suya propia.

---

Bordeé la verja negra de hierro forjado, rehíce el camino que llevaba a la carretera. El edificio macizo, achatado, coronado por su techumbre de tejas onduladas y su tragaluz. Un perro seguía ladrando detrás del granero. Corté dos manojos de lilas y un diente de león. Regresé a la carretera. La comarcal zigzagueante que cruza las viñas y los campos apacibles. Me senté en el talud. Miré la colina, los muretes de piedra, los primeros árboles del bosque. Miré la montaña.

Puse las flores allí, junto a la carretera, sobre esa tumba insospechada.

Me di la vuelta una vez más. La luz era demasiado bella.

Fue ahí.

Y yo había soñado que tú estuvieras ahí conmigo, papá.

No para acorralarte en un rincón del gran comedor y forzarte a decir la verdad u obligarte a lamentar lo que habías hecho. Sino para subir por la carretera a tu lado. Para poner tu mano sobre la mía encima del brocal de la fuente. Para verte tiritar de frío como yo. Para oír gemir la madera del parqué bajo tus pasos. Para oírte respirar por la escalera que lleva hasta el aula. Para mostrarte la pizarra con la palabra *manzana* y descubrir tus ojos de padre mirando esa letra infantil. Ver cómo te sientas al borde de la cama. Cómo escuchas a las monitoras durmiéndolos en la penumbra. Un mismo cuento para las niñas, cuentos diferentes

---

para cada niño. Los niños eran más exigentes. Sobre todo Émile Zuckerberg, el pequeño belga de Amberes de cinco años. Tenía miedo de día y lo tenía de noche. Hacía falta que una adulta estuviera siempre a su lado. Una mamá nueva solo para él. Me habría gustado contarte que fue el doctor Mengele quien se lo arrancó de la mano a Léa Feldblum.

Y quizá, cuando nos hubiéramos marchado de allí tú y yo, dejando atrás a la señora Thibaudet atrapada por sus fantasmas, nos habríamos sentado al borde del camino. Lo habríamos hecho porque tú querías. Un descanso, antes de regresar al mundo de los vivos. Y tal vez entonces me habrías hablado. Sin mirarme, con la mirada perdida más allá de las montañas. No habrías confesado, eso no. No tenías nada que confesar a tu hijo. Pero podrías haberme ayudado para saber y comprender. Explicarme por qué, tantos años después de la guerra y cuando yo acababa de conocer a una mujer, tú me preguntaste si ella tenía «al menos unos ojos arios, como los nuestros», pese a ser morena. Habría esperado que todo se aclarase, sin que nadie tuviera que juzgarte. Sin una palabra más desgarradora que otra. Decirme dónde estabas tú a los veintidós años, cuando Barbie y sus perros fueron a sacar a los niños de su Casa.

¿Y antes de eso? ¿Qué hacías tú en noviembre de 1942, cuando los alemanes entraron en Lyon,

---

después de invadir la zona libre? ¿Qué viste en ellos? ¿Sus botas lustrosas? ¿Sus uniformes de vencedores? ¿Sus ruidosos pasos por la rue de la République? ¿Sus tanques por el adoquinado del cours Gambetta? ¿Qué comprendiste de ellos? ¿Qué te gustaba de ellos? ¿Quién te empujó a unirse a ellos en vez de combatirlos? ¿O incluso esconderte, como tantos otros, mientras un puñado de valientes forjaba nuestra historia en tu lugar?

¿Por qué te convertiste en un traidor, papá?